

peculacion, salvo justificar esta temeridad por conjunto de las consecuencias que de allí dimanar. Se decia con razon que, puesto que Dios no se demuestra, era preciso concebirle inmediatamente en sí mismo; se añadía que la exclusion de las operaciones discursivas del pensamiento no dejan otra alternativa que el empleo de la intuicion intelectual, y que si Dios no es la conclusion de la ciencia, debe ser el *principio* supremo. Todo esto es exacto y conforme en la relacion directa que existe entre Dios y la razon humana. Mas aceptar á Dios como hipótesis, ¿no es exponerse á falsear toda la ciencia, ó más bien reemplazar la ciencia por las inspiraciones del *misticismo*? Ahí estaba el escollo del procedimiento hipotético, fundado en una intuicion inmediata de Dios. ¿Cuál es la nocion de Dios que servirá de principio á la ciencia? ¿Es la de Platon ó de Plotino, la de Scotto Erigena ó de Swedenborg, la de Schelling ó de Hegel, que todas son intuitivas? ¿Deberán apreciarse por sus consecuencias, ó por las doctrinas que contienen sobre el universo, sobre el hombre, sobre la sociedad? Mas para juzgar equitativamente las consecuencias, debe conocerse el principio de las cosas, y es la nocion cierta del principio la que está en cuestion.

Hay evidentemente algun error ó algun vacío en el procedimiento hipotético. El vacío es la ausencia del análisis, como *preparacion* á la síntesis; es un vicio del método. Dios debe ser comprendido por una intuicion directa, es verdad; pero esta intuicion debe ser provocada, dilucidada por una larga elaboracion, por una discusion analítica bien sobre las facultades del espíritu, sobre el valor de nuestros conocimientos y principalmente sobre las categorías de la razon, que se aplican á Dios. No debe comenzar por Dios la filosofia, sino por el *yo*; solamente es preciso despertar y fortalecer las tendencias superiores del *yo*, y conducir el pensamiento gradualmente en presencia de Dios. Entónces la intuicion de Dios llega á ser precisa y científica, en vez de ser arbitraria y confusa, y el espíritu puede pronunciarse con conocimiento de causa sobre la confianza que merece; entónces la hipótesis se cambia en certeza. Esta marcha está indicada por la naturaleza misma, por la sucesion de nuestros diversos grados de cultura, y por la posicion que ocupamos en la tierra. El hombre debe aprender á conocer á Dios; lleva en sí el gérmen de este conocimiento, pero este gérmen tiene necesidad de ser fecundado por el estudio, si nó, aborta ó se deforma y engendra alguna vez concepciones monstruosas. Para hacer

madurar este gérmen, es preciso desenvolverle en sus justas relaciones con las otras ideas racionales, tales como el sér, la esencia, la existencia, la unidad, lo infinito, lo absoluto, la causa y sus contrarias. Ese es el objeto de una sana educacion. Mas el infante no distingue desde luego las ideas generales. Comienza por dirigir sus fuerzas hácia el mundo de la sensibilidad; se eleva despues á las abstracciones del entendimiento, y no adquiere la plena conciencia de las cosas divinas, sino en la edad madura. Desde este momento la cuestion de la existencia de Dios se impone al pensamiento, que busca el principio de la ciencia, y está en estado de resolverlo.

Esta reforma del pensamiento hipotético, íntimamente ligada á la cuestion del método, del punto de partida y del principio de la ciencia, es debido á Krausse. Es el resultado más importante de la filosofia moderna, porque la constitucion de la ciencia depende de eso. La filosofia era estrechada en un dilema: círculo vicioso, si se trataba de demostrar el principio; hipótesis, si se pasaba sin demostracion. El criticismo parecia inexpugnable: era preciso renunciar á la metafísica, y contentarse con fenómenos ó apariencias. La vida del alma llegaba á ser un enigma enmarañado: nuestras tendencias nos llevan hácia la verdad, y nuestra miserable razon nos impide su acceso. ¡Bella conclusion de veinticinco siglos de trabajos! En vano Descartes habia escrito el Discurso del método, fijado el punto de partida y el principio de la ciencia; en vano Kant habia rehecho el análisis del espíritu y determinado el ideal de la razon; el análisis no habia acusado más que los límites de la inteligencia humana y el ideal estaba situado más allá de estos límites. La era de la teología estaba cerrada desde el Renacimiento; la era de la filosofia se cerraba á su vez; el escepticismo triunfaba. Pero no; el mundo no es una ridícula contradiccion. Todos los séres tienen instintos que los guian hácia el cumplimiento de sus destinos. ¿Por qué los instintos de la humanidad solamente serian engañosos....? En efecto; la dificultad suprema, que amenazaba absorber la filosofia en el puerto, está ya resuelta. Aprovechando los trabajos de sus antecesores, Krausse ha asegurado definitivamente las bases de la metafísica, instituyendo el *procedimiento dialéctico* para establecer la existencia de Dios sin hipótesis y sin demostracion.

El procedimiento dialéctico comprende dos partes, una preparatoria, otra final, correspondientes á los dos procedimientos ante-

riores: la primera consiste en desenvolver científicamente según las leyes del pensamiento la *noción* de Dios, la simple intuición del Sér; la segunda, en pronunciarse después de maduro exámen sobre la *existencia* de Dios, pasando del punto de vista subjetivo del conocimiento al punto de vista objetivo de la realidad. Por la una, el Espíritu es conducido metódicamente cerca de Dios; por la otra, cuando está suficientemente ilustrado, se decide según su conciencia. Estas dos partes se suceden y se completan naturalmente. Es la educación de la razón como la de los sentidos. Antes de formular el juicio de objetividad, es preciso en toda materia despojarse de preocupaciones y conocer exactamente los elementos del debate. En presencia de un objeto del mundo exterior, se titubea alguna vez: ¿es una ilusión de la vista ó una realidad? En la duda nos recogemos ante todo, damos cuenta de la situación, aplicamos los principios del conocimiento y después juzga. Es la misma marcha que debe seguirse en presencia de un objeto de la razón, cuya existencia es incierta.

La *parte preparatoria* del procedimiento dialéctico reemplaza las diversas órdenes de pruebas en favor de la existencia de Dios. Abraza toda la porción analítica de la filosofía. Comienza en el punto de partida y termina la noción del principio de la ciencia. Es, pues, una *elevación* regular y progresiva del pensamiento hácia el Sér infinito y absoluto. Después de haber establecido el hecho primitivo de la conciencia como verdad inmediatamente cierta, se determinan las propiedades y las facultades del yo, se estudia el conocimiento en sí mismo, en sus orígenes, en su legitimidad, en sus objetos, se agrupan estos objetos en el mundo físico, en el mundo espiritual, en la humanidad, se forma así la noción del universo, después se pregunta cuál es la causa del yo, del no-yo y de su unión en el conocimiento, cuál es la razón del mundo y de los diversos órdenes de seres que allí distinguimos, y se llega en fin á la noción del Sér, del Sér uno y entero, del Sér de toda realidad. La ciencia se construye así analíticamente como un conjunto de nociones ó instituciones, y todas estas ideas convergen y se unen en una sola idea, que es la de Dios, ideal de la razón.

Desde que esta idea está bien desenvuelta, se pasa á la *parte final* del procedimiento dialéctico. ¿La intuición de Dios tiene un valor objetivo? ¿Dios existe y estamos ciertos de su existencia? Sabemos que la *certidumbre* es la evidencia de la verdad, la verdad

que brilla por su propia claridad y que ilumina la conciencia. Basta decir que la certidumbre es posible sin la demostración. La naturaleza se revela á nuestros sentidos, y las verdades de hecho no exigen ninguna prueba, con tal que podamos justificarlas en condiciones científicas. Así Dios se revela á la razón, y su existencia no tiene necesidad de pruebas, cuando el espíritu está preparado á comprenderlas. Sabemos además que la *existencia* es una determinación de la esencia, puesto que la esencia envuelve todas las propiedades de un sér, y por consiguiente también la propiedad de existir. Cuando la esencia está poseída, el sér existe, y si la esencia está poseída sin límites, la existencia es infinita. Estas explicaciones bastan para hacer comprender la solución de la cuestión. En efecto, si Dios es concebido como siendo todo el Sér y toda la esencia, es también concebido como siendo la existencia. La noción de la existencia es inseparable de la del Sér infinito, como la noción de la negación es inseparable de la de un sér finito. Dios es literalmente, según las palabras de Spinoza, aquel cuya esencia envuelve la existencia. Un sér finito puede existir de diversas maneras, sea en pensamiento, sea en realidad, porque no tiene más que una existencia limitada: la existencia objetiva no es para él más que una *posibilidad*; pero el sér infinito, que es sólo y único, no existe sino de una sola manera: la existencia es para él una *necesidad*. Aquel que duda de la existencia de Dios manifiesta, pues, por esto mismo que no tiene aun una noción suficiente de Dios. Dios no es tal ó cual sér, es el Sér; no es tal ó cual género de realidad, es la realidad una y entera; no es una parte de las cosas, es el todo, es todo en unidad. Pues aquel que piense el todo, piensa también la existencia; porque el todo sin la existencia, no sería el todo.

Tal es bajo una de sus formas la argumentación dialéctica en favor de la existencia de Dios. Para mejor hacer resaltar sus relaciones con los procedimientos hipotético y demostrativo, se puede formularla en estos términos: si Dios es el Sér, es también la existencia; pues no puede ser concebido más que como siendo el Sér; ni puede ser concebido más que como existente. La mayor se presta á modificaciones en relación con los atributos divinos; la conclusión será siempre la misma. La argumentación es *hipotética* en la forma, pero es categórica en el fondo, gracias al análisis que ha dilucidado los elementos de la cuestión. Es aun *demostrativa* en un sentido, pero no pasa arbitrariamente del sugeto al objeto: en vez de pro-

bar directamente la existencia de Dios, se contenta con probar que nos es lógicamente imposible negar esta existencia, sin ponernos en contradicción con nuestro propio pensamiento. Toda la fuerza de la argumentación descansa en la noción de Dios, lo que es una doble ventaja para la teoría y para la práctica; porque, por un lado nos impone la obligación de elevarnos metódicamente á Dios, para tener toda nuestra tranquilidad respecto de la ciencia, y por otro, nos encarga la tolerancia hácia todas las opiniones señalando el ateísmo como un error, una preocupación, un defecto de reflexión inherente á los hábitos sensualistas del pensamiento.

Una sola objeción ha sido hecha contra esta argumentación: que Dios no es jamás más que una afirmación de *nuestro* pensamiento y que empleamos aun para establecer su existencia las categorías del sér, de la unidad, de la causa, sin saber si tienen un valor objetivo. Es cierto que nuestros conocimientos son *nuestros* conocimientos, y que no tenemos otro instrumento que *nuestro* pensamiento para adquirir la ciencia. Ninguna diferencia respecto á eso entre los escépticos y los dogmáticos; si nuestras afirmaciones nada valen, porque emanan de nosotros, sus negaciones no valen más, porque emanan de ellos. La ciencia no concierne más que al pensamiento é interesa á todos los que piensan, cualquiera que sea el objeto de su inteligencia. Antes de conocer á Dios, tenemos ya conocimientos ciertos relativos á nosotros mismos. No basta, pues, suponer que nuestros conocimientos son falsos, por sólo venir de nosotros, si nó sería preciso renunciar á pensar ó tratar de pensar que no pensamos. Se trata de saber cuáles de nuestros conocimientos son erróneos y cuál es el carácter en que se reconoce la verdad. Con este fin hemos buscado el *principio* de la ciencia. Es verdad que en este exámen hemos recurrido á ciertas ideas generales, tales como la esencia, la existencia, la causa, cuya legitimidad depende de la existencia del principio. Pero importa notar que hemos empleado estas ideas como *puntos de apoyo* para aclarar la noción de Dios, y de ningún modo como *argumentos* para demostrar su existencia. Esa es precisamente la diferencia entre el procedimiento dialéctico y el procedimiento demostrativo. Las categorías son leyes de la inteligencia para los excépticos como para los dogmáticos. Rehusar servirse de ellas, sería de nuevo renunciar á pensar. Todo lo que la crítica puede pedir, es que no se abuse de las ideas, suponiéndolas arbitrariamente un valor objetivo, como se hacia ántes de Kant. La

argumentación dialéctica está al abrigo de este reproche. El análisis se desenvuelve como una série de instituciones cuya exactitud no se garantiza, y la conclusión que prepara no depende del valor objetivo de las categorías, sino únicamente de la noción de Dios. Cualquier teoría que se profese sobre las ideas del sér, de la esencia, de la causa, hay una noción que el espíritu humano no sabría evitar el encontrar en su marcha metódica, es la del todo, y aquella basta para dar á la conciencia la plena certeza de la existencia de Dios.

No hay porque admirarse, según esto, de que haya necesitado siglos la Humanidad para elevarse á la noción científica de Dios y que tantos espíritus hoy día ignoren aun el estado de la cuestión. Esta ignorancia tiene sus motivos. Por un lado, la educación de la *razón* no está formada; el racionalismo es poco comprendido, frecuentemente sospechoso ó desdeñado; el reino de la razón comienza solamente á apuntar para la Humanidad. Por un lado, la existencia de Dios, propuesta al pensamiento puro, abstracción hecha de toda doctrina revelada, es ciertamente el problema más complejo y más delicado que la metafísica tiene que resolver. *La ciencia* progresa como la sociedad y con la sociedad. El ideal se dibuja en el horizonte, pero la realidad es aun muy imperfecta. Según las leyes del desenvolvimiento de la Humanidad, la conquista del verdadero método para adquirir la certeza de la existencia de Dios debe coincidir con la decadencia del principio de *autoridad* y pertenece naturalmente á nuestra época. Es un signo de la Edad nueva que se abre para los pueblos. Merced al conocimiento de Dios, cada uno puede en adelante tener confianza en sus propias fuerzas y pasar del apoyo de dogmas extraños á la conciencia. Es la más elevada consagración de la dignidad individual y de la *soberanía* de la razón. Pero el espíritu moderno no ha penetrado aun en todas las capas de la sociedad y no ha ganado todos los miembros de las clases superiores. No se renueva al hombre en un día. La ciencia tiene sus fariseos como la religión. Muchos sábios, prendados de los fenómenos, muchos espíritus distinguidos, adictos á las tradiciones, cierran los ojos á la luz y marchan resueltamente hácia atrás, creyendo servir los intereses de la ciencia y de la Humanidad. Guerra á lo absoluto, exclaman, figurándose que la causa de Dios es la causa de la teocracia, y que el alma no puede asegurar su libertad más que sacu-

diendo el yugo de los principios de la razon. Siempre sucede así en los períodos de renovacion.

¡Nadie se espante de esta situacion, ni desconfie de la ciencia; si entre los hombres de buena voluntad hay algunos que no reconocen á Dios, que no erijan su duda en teoría universal, y consideren su estado individual como la condicion necesaria de todos! Si están convencidos de que la ciencia, como sistema general del conocimiento, es imposible sin principio, deben emprender su trabajo procediendo con método, hasta que posean el principio en la plena luz de la certeza. La investigacion de la verdad es un deber, y el conocimiento de Dios es la garantía de la verdad. Nadie demostrará jamás que esta investigacion sea vana y este conocimiento inaccesible á la razon.

CAPÍTULO VI.

DIVISION DE LA FILOSOFÍA.

La filosofía, la historia y la filosofía de la historia abrazan todos los conocimientos humanos. Cada una de ellas es semejante á la ciencia una y entera. La filosofía pura es toda la ciencia, bajo el punto de vista de los principios; la historia pura, toda la ciencia, bajo el de los hechos; la filosofía de la historia, toda la ciencia, bajo el punto de vista de la aplicacion de los principios á los hechos de la vida. La una es un sistema de principios, la otra un sistema de hechos, la tercera un sistema de leyes biológicas. Pero los principios, los hechos y las leyes son *múltiples* en sus relaciones con los diversos *géneros* de la realidad. Cada ciencia enciclopédica es, pues, susceptible de *division* ó contiene en sí *ciencias particulares*.

Las ciencias particulares son las ramas del árbol de la ciencia. Se alimentan de la misma sávia y vuelven al tronco comun, pero se esparcen en diversas direcciones para buscar la luz; cada una está formada de un brote distinto, que es su principio propio, y dá origen más tarde á otros brotes, que llegan á ser los principios constitutivos de nuevas ramificaciones. Así es como la ciencia se divide y subdivide indefinidamente, á fin de explorar todas las partes de la realidad. Para que una ciencia exista legítimamente, es preciso que su objeto coincida con una de las divisiones de las cosas. Cada ciencia particular tiene su principio, su plan, sus límites y sus relaciones: por un lado, es independiente en su esfera y forma un sistema aparte en el sistema de la ciencia una y entera; por otro debe quedar unida á todo el cuerpo de doctrina, de que no es más que un órgano. *Union* y *distincion*, tal es la fórmula de la armonía; nada de separacion ni de confusion en el organismo científico: el aislamiento y la usurpacion son extremos, que sólo conducen al error. En otros términos, una ciencia particular, teniendo por objeto una parte determinada de la realidad, debe reducirse á ella, sin olvidar que se une al todo y que de él depende. Cada parte de la realidad tiene su razon en el Sér infinito y absoluto, objeto de la filosofía, y contiene una diversidad de fenómenos, objeto de la historia. De donde se sigue que toda ciencia acabada debe tener una